

# LA MEMORIA PRESERVADA Y EL ESPEJO: ESTIMULO Y ANTIDOTO

*"Aunque me claven en la cruz,  
aunque me escupan me quedaré  
entre el pueblo.*

*Y gritaré con ese amor que puede  
gritar su amor hacia los cuatro vien-  
tos."*

Virgilio Piñera. 1962.

El reciente film de Spielberg *"La lista de Schindler"*, además de los elogios y premios por la calidad de su realización, ha vuelto a poner sobre el tapete el poder exorcizante de la memoria comunitaria y del espejo que nos devuelve nuestra propia imagen, así como de los recursos para que los horrores consignados no se repitan. El film en cuestión reconstruye, casi periodísticamente, con el máximo rigor artístico (que incluye la utilización austera del blanco y negro), algunos pasajes del "holocausto", o sea, del exterminio sistemático de los judíos, por el mero hecho de serlo, durante el régimen nazi, así como de la labor desplegada por el matrimonio Schindler para salvar vidas judías (aproximadamente mil doscientas) en Polonia. Tanto la Sra. Schindler como algunos de los "salvados" por ella y su esposo viven todavía y han podido autenticar la veracidad del film (y del libro sobre el que se elaboró el guión).

Los comentaristas citan ya esta obra como un ejemplo -y de los buenos- del servicio del arte (cine, literatura, artes plásticas, música) en orden a la preservación de la memoria comunitaria. Son,

en realidad, sus ángeles custodios. En el caso que nos ocupa (*"La lista de Schindler"*) se insiste en la importancia del recuerdo fiel del "holocausto", para contribuir, con la imagen real de ese espanto, a su abominación. Sabemos, sin embargo, que recordar un espanto no es garantía suficiente para impedir su reiteración; se requieren también otras fuerzas concurrentes, pero es necesaria la memoria, la presencia de la imagen de esa realidad posible -porque ya fue real en la historia- para desencadenar todos los mecanismos que pudieren impedir dicha reiteración vergonzante para la historia de la especie humana.

En el caso de las formas extremas de



*Spielberg pone una ofrenda floral a las víctimas del nazismo*

menoscabo a la persona humana, determinadas por situaciones coyunturales o derivadas de la naturaleza de un sistema político, engendrado a su vez por alguna ideología (p.e., el holocausto, los campos de concentración y de trabajos forzados nazis o soviéticos, las UMAP y los actos de repudio en Cuba, etc.), se recurre a las producciones artísticas -filmes, escritos, obras plásticas, música- como recurso para preservar la **memoria-antídoto**. No estaría mal que se registraran con mayor frecuencia y con buena calidad artística los deterioros cotidianos que, por serlo, son menos llamativos, no constituyen noticia y casi

siempre nacen de injusticias socio-económicas, o sea, del desorden económico mundial. También menoscaban el meollo del ser de la persona humana y su cotidianidad podría engendrar que nos habituáramos a ellos; que los consideráramos hechos tristes, pero inevitables y normales. La frecuencia no convierte en normal (adjetivo derivado de "norma", cargado de resonancias éticas), lo que en sí es radicalmente (en su raíz) anormal.

Me parece, además, que todas las formas del arte- sin excluir su servicio a la memoria como antídoto- deberían estar también al servicio de la **memoria-estímulo**, a evocar eficazmente las ex-

periencias históricas y las contemporáneas que manifiestan las mejores posibilidades de la persona. Todo lo que sea Bueno, Verdadero y Bello en el decurso de una comunidad humana, debería también ser registrado, bien consignado, para que sea percibido como real y como posibilidad reiterable. Y siéndolo, para que opere como detonador de los mecanismos que, en este caso, contribuyen a que un grupo humano conozca y reconozca sus potencialidades en orden al enriquecimiento del ser y del existir. En el caso de la memoria-estímulo tampoco basta la consignación en la memoria comunitaria para

---

*¡ que no  
se apague  
la antorcha  
ni se  
marchite  
la mariposa  
blanca !*

---

que el grupo humano en cuestión salga de una situación de postración o parálisis de apatía, de inseguridad, de vergüenza y desconfianza (en nosotros mismos). Se requiere -para esto también- el impulso de otras fuerzas concurrentes, pero su despliegue dependerá -en gran medida- del reconocimiento de esa posibilidad; de lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello percibimos como realidad, aunque realizada sólo parcialmente, no simplemente como evocación nostálgica o como ensañación más o menos utópica.

Todo grupo humano que comprometa la vida de sus miembros en niveles profundos de la existencia -sea este grupo un pueblo, una etnia, una nación o la propia Iglesia- debería aprender a mirarse en su propio espejo, que incluye en su compleja realidad la memoria-antídoto y la memoria-estímulo, las luces y las sombras, las posibilidades de diverso signo y pueda integrarlas e inte-

riorizarlas. Ni las mistificaciones heroicas, ni los complejos de culpa, de incapacidad (inferioridad) contribuyen al crecimiento, al salto hacia arriba y hacia adelante. El olvido y la manipulación del engaño (que se nutre, precisamente, del olvido, de las lagunas en la memoria comunitaria) son paralizantes y terminan siendo retropropulsoras.

Por ejemplo: en Cuba, los cubanos contemporáneos -no extraterrestres caídos por azar en esta Isla- hemos sido capaces de los irracionales gritos de "paredón", de discriminaciones de casi toda suerte, de las UMAP, de los humillantes actos de repudio (humillantes para los que los han realizado, no para los que los han padecido), de los aplausos a quienes piden romper cabezas a los que piensan de manera diversa al solicitante, etc. Todo lo cual equivale a decir que somos capaces de renunciar al "estado de derecho", a la condición auténticamente humana, para matrimoniarnos con la intolerancia extrema, propia de la "ley de la selva", la que rige las relaciones entre los animales, no entre las personas. Pero los cubanos hemos sido capaces también de todas las heroicidades -guerreras y civiles, conocidas y anónimas- durante nuestro fecundo siglo XIX, en el que se gestó nuestra nacionalidad, quizás aún inconclusa, flechazo hacia el porvenir, "cuyas catedrales están en el futuro", como repetía nuestro Lezama Lima.

Los cubanos hemos engendrado las creaturas más exquisitas en todo el diapasón de la existencia; ya en el actual siglo XX, fuimos aptos para trepar a ese altísimo pico de la concertación nacional, al programa congregante de esa fiesta del estado de derecho como proyecto que fue la Constitución de 1940; los cubanos soñamos también con una revolución que llevara a vías de hecho, a la realidad nacional, dicha constitución espléndida; revolución que podría haber transitado por nuestros mejores canales -siguiendo el rumbo de la flecha-, sin excrescencias ajenas al camino propio: soñamos con la ceiba, no con los curujeyes parásitos... La enumeración de las contradicciones de nuestro espejo podría ser muy extensa. Ninguna debería ser echada a un lado si pretendemos robustecernos y crecer. Engañar desfigurando y silenciando es también echar a un lado.

---

*¡ Acaso  
no escuchamos  
ya  
los vagidos  
de la  
nueva  
creatura?*

---

No renunciemos, pues, a escrutar todos los rincones del espejo insular y los que, con vocación cubana, tengan facultades para ello, escriban, dibujen, esculpan, filmen, compongan melodías: **¡proporcionen henchimiento a la memoria!** ¡Que no se apague la antorcha ni se marchite la mariposa blanca! Lo que no sea oportuno ventilar públicamente ahora -por respeto y amor a la persona humana como tal-, consérvese en gavetas y desvanes, pero no deje de consignarse por los actores y los testigos, según los plurales ángulos de visión y las escalas de apreciación. Ya llegará el momento de su parto: concurrencia congregante y alumbramiento. ¿Acaso no escuchamos ya los vagidos de la nueva creatura?

La Habana, 28 de abril de 1994.